

sublimación en un mundo de ideales que fortalece la estructura del super-ego, crea un sentimiento de culpa que es permanente y está al fondo de toda cultura y que Freud, como es muy sabido, descubre como la nota básica de la idea, común a casi todas las civilizaciones, del pecado original. El pecado o la culpa original sería la resultante del conflicto provocado por la represión. Desde el sentimiento de culpabilidad se conformarían las distintas actitudes religiosas y según la conformidad de este sentimiento se calificarían los tipos humanos e incluso los tipos de civilización. De aquí esas caracterizaciones de las que han quizás abusado los autores germanos. Un contemporáneo de Freud que sin estar en relaciones con él tiene unos ciertos puntos de vista comunes, un literato de retórica levantada y sugerente, Spitzzeler, sirvió, con una obra famosa, «Prometeo y Epimeteo», de base al disidente de Freud, Jung, para que crease las categorías de hombre «prometeico» y de hombre «epimeteico» que son semejantes a las categorías del hombre «orfeico» y del «narcisista» que Freud empleó. Reconozcamos, no obstante, que hay en Freud una fundamentación científica mayor. En el narcisista la culpa se transmuta en auto-estimación; en el orfeico la culpa se manifiesta como hetero-estimación. En todo caso la civilización es un resultado de este juego represivo y del sentimiento de culpabilidad que tan estrecha relación tiene con el sentimiento de la muerte, la *thanatosfilia*, que con tanta agudeza Freud estudió.

En el libro de Marcuse, como el lector apreciará, es sugerente pero quizás la falte rigor sociológico y resulte en exceso convencional. Hay algunos temas que parecen eludidos y que tienen un profundo interés, tal, por ejemplo, el tema de la liberación. Está bien que el autor no haya querido abordar el problema del psicoanálisis, pero en el orden mismo de la civilización occidental, ¿no se tendría que estudiar el tema de la liberación como un tema típicamente moderno? ¿No habrá sido Freud la primera voz consciente de una etapa definitiva en el comienzo de un proceso general de liberación en el ámbito de la sociedad occidental?

E. T. G.

NOTH, Georg: *Christentum und Kommunismus in der Weltwende*, Stuttgart, 1954, 320 páginas.

Este libro se sitúa en lo más agudo de la encrucijada histórica que vive nuestro tiempo. Y lo hace en discusión con las dos instancias culturales de más volumen de la situación: cristianismo y comunismo. El diagnóstico está visto en perspectiva protestante, en conexión con las filosofías de la historia que más a fondo han calado en la conciencia contemporánea y en diálogo con las especulaciones más avanzadas de la teología.

En el comunismo ve al autor el gran intento de expresar en un orden concreto los motivos antropológicos y culturales a que hemos

ido llegando tras el abandono del orden tradicional. De hecho el hombre vive en amplia medida y de forma radical en un suelo que pretende sustituir al secular mundo cristiano, y que en ocasiones es su antípoda. Tal es el mundo que ha elevado a valor supremo el dominio de la técnica, y que adopta en teología como postura el ateísmo, y en metafísica el nihilismo.

Las cuestiones que suscita esa contraposición son las que centran el desarrollo del presente volumen. El tema básico se lo ofrece el hecho de ver que frente al avance lleno de vigor del comunismo, y frente a la normalización de las tesis de orden doctrinal que le sirven de supuesto, el cristianismo le asiste al paso bajo la forma de una «contraposición muerta». En efecto, entre los polos comunista y cristiano no se ve el modo de dialogar. Son dos cosas que se excluyen, pero entre las que no se da tensión dialéctica. El comunismo se comporta como dueño del terreno, sin que se vea comprometido eficazmente por el empuje de lo cristiano. Las formas de la tradición no hacen mella en esa otra mentalidad que pasa al lado sin acusar influjos ni para estímulo ni tampoco para impedimento. Respecto al comunismo —piensa el autor— parece que al mundo cristiano no le asiste fuerza proselitista alguna; es a lo que llama «contraposición muerta». Si realmente la cosa es así, o ha de verse el modo de modificar esa situación, o no le queda a lo cristiano otro papel que el de enquistarse en la historia, como una secta que podrá ir vegetando su propia vida, pero que no podrá ser conductora y conformadora del futuro. El autor, repetimos, considera los hechos en perspectiva protestante. Desde ella, llega a inquietarse por si la encrucijada del presente acaso signifique el fin del protestantismo clásico. Y la gran cuestión estriba en determinar si ese fin no apunta de alguna manera a un principio nuevo. Y en consecuencia, el problema es averiguar si el cristianismo tiene salida al porvenir; al menos si la tiene en discusión con el orden comunista y los supuestos humanos en que se apoya. Dado que acepta para la humanidad del porvenir la posibilidad cristiana, la cuestión que aquí se debate es la del cómo hacer viable esa posibilidad, una vez que parece bloqueada respecto a la corriente viva de la cultura.

No es necesario advertir que la cuestión presenta perfiles menos agudos vista en perspectiva católica. Al católico le asiste una mayor fe en la tradición que la supuesta en las ideas de este libro, así como una más tranquila esperanza en la firmeza del orden cultural en que vive. Por el contrario, ve el comunismo con significado más episódico, aunque sin restar al movimiento importancia y gravedad. Para la Iglesia, en la encrucijada del presente, hay que contar con el comunismo; pero sin darle definitiva beligerancia, más que de absorberle ha de tratarse de excluirle. Al fin es el trato que merece una potencia ocasionalmente poderosa pero no llamada a estabilizarse, una vez que desconoce las fuentes espirituales más decisivas de donde hay que esperar fluyan los valores que den continuidad, como se la han dado siempre, a la historia.

Así pues, la cuestión se presenta bajo aspecto más dramático a la consideración protestante del tipo de la representada por el autor. Por eso, a partir de las grandes concesiones que hace al enemigo tiene que comprometerse con él a fondo jugándose el todo a vida o muerte. El libro remueve cuantos motivos de orden teológico, filosófico e histórico obran en las discusiones de avanzada dentro del pensamiento actual. De la mano con Karl Barth o Gogarten en teología, como de la de Nietzsche, Marx y Heidegger en filosofía, o de la de Spengler, Schröter y Toynbee en historia, recoge todo el volumen de las inquietudes espirituales del presente sometiéndolas a nueva demanda de sentido, y ensayando para ellas renovado ajuste. La cuestión resultante se cifra en ver cómo hayan de ordenarse los datos de la tradición o la sustancia evangélica a fin de que puedan conformar la venidera etapa de la historia. Este escrito reobra sobre un complejo espiritual que amenaza dejar desplazado su cristianismo, y ensaya el esfuerzo para sortear ese peligro, pensando el modo de reintegrarlo a la vida y ponerlo en vía de futuros rendimientos. De lo que se trata es de transformar las contraposiciones culturales en que vivimos, muertas desde el punto de vista cristiano, en dialéctica viva. La tarea no deja de ser trascendental, así como llena de exigencias y erizada de riesgos. Pero «quien no espera lo inesperado no lo alcanzará nunca». El dicho es de Heráclito, más lo pone el autor por lema a la cabeza de su estudio.

Se puede comprender que el libro es un libro de inquietud. Remueve cuestiones profundas y vitales. No pretende ser un sistema de resultados, sino un planteo vivo. En su método interviene tanto como el científico, el profeta. Su empeño, más que el de datar hechos, es el de decidir el destino. Es la obra de un pensador, pero comprometido con lo religioso. Frente al «secularismo» religioso, que en reciente pasado relegaba lo cristiano a la zona de lo caduco, postula un cristianismo «secular», nuevamente proselitista, y que haga fermentar la masa de la vida.

No es necesario subrayar cómo con todo esto, y por acentuar el lado escatológico cristiano se merma importancia a todo lo que en él hay de institucional y de oficio. De donde es fácil sacar un cristianismo para el que resulten contrapuestos Evangelio e Iglesia. Esta es una tentación muy consentida en el dominio de la especulación o la crítica religiosa actual, y no sólo en el campo protestante. También es natural ver que quita importancia a la dogmática refleja en beneficio de la inspiración. Se tiende a ver en el teólogo a un resentido, y en cambio, todo es crédito para el profeta. Se encomienda el Evangelio antes al entusiasmo del predicador que a la institución de la Iglesia. Se estima que padecemos necesidades de comienzo, no de consumación; el ejemplo del Bautista es más propio que el de Pablo. En contraposición con el «santo» se requiere como figura de la hora el «prosélito».

Ya se ve la deficiencia general de que adolece este enfoque, considerado desde un punto de vista católico. Y sin que deje de recono-

cerse en muchos sentidos aleccionador cuanto aquí se dice, aparte de las posiciones directamente recusables, no sobra llamar la atención sobre lo sugestivo de un tono que, precisamente por eso, es tan fácil al contagio; y que parece, sobre todo cubierto bajo la capa de la buena intención, ser inofensivo, pero que en el fondo es heterodoxo. Es el caso de toda disquisición sobre lo religioso, en manera particular si es crítica, que no se hace desde una firme dogmática. Bien está discutir al adversario su terreno. No sólo eso está bien, sino que constituye el programa obligado para todos. Pero atentos a no hacerlo a partir de exceso de concesiones. La experiencia ha testimoniado reiteradamente que en concreto en el combate con el comunismo la discusión con el adversario en su propio terreno ha solido llevar a cedérselo por suyo y a entregarse a él. En más de una ocasión, a través de la lectura de este libro nos hemos preguntado si el modo que propugna para dar vida al cristianismo no implica de hecho una almoneda más de las esencias cristianas. Ese procedimiento no deja de estar en la tradición de la historia protestante.

El libro, por lo demás, hay que situarlo en lo más céntrico de una interpretación de la cultura típicamente germana. Lo cual quiere decir que, si es clarividente para penetrar en situaciones características de la cultura del norte, es bastante ciego para apreciar las formas correspondientes del sur. Un caso por todos, el que sustenta la contraposición «Heiliger oder Jünger», a que antes nos hemos referido, y que constituye el tema del capítulo 5.º, sobre el que se vuelve en el capítulo 10. La doctrina a ese respecto expuesta, interesante sin duda, supone nada menos que la incapacidad para sentir la presancia de fondo de todo lo más significativo del humanismo clásico.

S. ALVAREZ TURIENZO

OEING-HANHOFF, Ludger: *Ens et unum convertuntur. Stellung und Gehalt des Grundsatzes in der Philosophie des hl. Thomas von Aquin.* Beiträge z. Gesch. der Ph. u. Th. des M.-A., Bd. XXXVII, Heft 3. Münster, Aschendorff, 1953. XVI-1945 pp., 24 × 16 cm.

Tenemos delante un concienzudo estudio sobre un centro vital de la Metafísica, cuyas ramificaciones se van desarrollando paso a paso en un constante y masivo contacto con los textos de Santo Tomás, y con un aprovechamiento casi exhaustivo de la literatura reciente en torno al tema.

Como sugiere el subtítulo de la obra, era preciso, ante todo, dar situación al célebre principio *ens et unum convertuntur* dentro del marco de la concepción metafísica de Santo Tomás, y someter a un análisis detallado el mismo concepto tomista del ser, clave de toda la cuestión. Sólo después de esta labor previa, vencida ya la mitad de la obra, se aborda el propio tema de la convertibilidad, todo lo que es *ens* es *unum* y todo lo que es *unum* es a su vez *ens*, para